

FUENTE OVEJUNA

de Lope de Vega.

Versión de Felipe Castro para TODOS AL TEATRO. TAT

FUENTEOVEJUNA

ACTO PRIMERO

ESCENA I

*El Comendador Fernán Gómez se ha ausentado de Fuenteovejuna,
con rumbo a Ciudad Real para tomarla
en favor del rey Alonso de Portugal,
traicionando así el mandato de los Reyes Católicos. Están Laurencia y
Pascuala en algún lugar del pueblo de Fuenteovejuna*

LAURENCIA: ¡Más que nunca acá volviera!

PASCUALA: Anda ya; que nadie diga
de esta agua no beberé.

LAURENCIA: ¡Voto al sol que lo diré,
aunque el mundo me desdiga!
¿A qué efecto fuera bueno
querer al Comendador yo?
¿Casarme yo con él?

PASCUALA: No.

LAURENCIA: Luego esa infamia condeno
¡Cuántas mujeres en la villa,
del Comendador fiadas,
caminan hoy deshonoradas!

- PASCUALA: Tendré yo por maravilla
que te escapes de su mano.
- LAURENCIA: Pues en vano es lo que ves,
porque ha que me sigue hace un mes,
y todo, Pascuala, en vano.
Aquel Flores, su alcahuete,
y Ortuño, aquel de hombre excusa,
me ofrecieron una blusa,
dos collares y un copete.
Dijéronme tantas cosas
del Comendador, su señor,
- PASCUALA: Y yo sospecho
que te han de engañar, Laurencia.
- LAURENCIA: ¿A mí?
- PASCUALA: Sino es a ti, a quién? al cura?
- LAURENCIA: Soy joven y testaruda,
inútil será su ciencia.
Pardiez, Pascuala, te digo:
celosas hemos de ser,
de los oídos vencer.
Nuestro suave y tierno abrigo
buscan con dulces promesas,
y con muchas monerías,
usan palabras vacías,
para así hacernos sus presas.
Porque todo su cuidado,
después de vencer el susto,
es anochecer con gusto
y amanecer con enfado.
- PASCUALA: Tienes, Laurencia, razón;
pues así los hombres son:
cuando nos han menester
somos su vida, su ser,
su alma, su corazón.

Pero pasada la urgencia,
nosotras somos arpías:
vuelven a sus cacerías,
y nos dejan en abstinencia.

LAURENCIA: No fiarse de ninguno.

PASCUALA: Laurencia, lo mismo digo.

ESCENA II

Llegan Frondoso, Barrildo y Mengo.

FRONDOSO: Con Dios como mi testigo,
eres, Barrildo, vacuno.

BARRILDO: A lo menos aquí están
quienes dirán si soy cuerdo.

MENGO: Pues hagamos un acuerdo
antes que lleguemos allá,
y es que, si confiáis en mí,
me dé cada cual la prenda,
precio de aquesta contienda.

BARRILDO: Desde aquí digo que sí.
Mas si pierdes, ¿qué darás?

MENGO: Apostaré mi laúd,
vale más que tu virtud,
porque yo lo estimo en más.

BARRILDO: Soy contento.

FRONDOSO: Pues lleguemos.
Dios os guarde, hermosas damas.

LAURENCIA: ¿Damas, Frondoso, nos llamas?

- FRONDOSO: Andar al uso queremos
- LAURENCIA: ¿Qué contienda os ha traído
si no es que mal lo entendí?
- FRONDOSO: Oye, por tu vida.
- LAURENCIA: Di.
- FRONDOSO: Préstame, Laurencia, oído.
- LAURENCIA: ¿Prestado? Es mejor dado.
Desde ahora os doy el mío.
- FRONDOSO: En tu discreción confío.
- LAURENCIA: ¿Qué es lo que habéis apostado? 1
- MENGO: Que nadie tiene amor
más que a su misma persona.
- PASCUALA: Tú mientes, Mengo, y perdona;
porque ¿es materia el rigor
con que un hombre a una mujer,
o un animal quiere y ama
su semejante?
- MENGO: Eso llama
amor propio, y no querer.
¿Qué es amor?
- LAURENCIA: Es un deseo
de hermosura.
- MENGO: Esa hermosura
¿por qué el amor la procura?
- LAURENCIA: Para gozarla.

- MENGO: Pero ese gusto que intenta,
¿no es para él mismo?
- LAURENCIA: Es verdad.
- MENGO: Pues de ese modo
no hay amor, sino el que digo,
Nadie tiene amor
más que a su misma persona.
- LAURENCIA: Da gracias, Mengo, a los cielos,
que te hicieron sin amor.
- MENGO: ¿Amas tú?
- LAURENCIA: Mi propio honor.
- FRONDOSO: Dios te castigue con celos.
- BARRILDO: ¿Quién gana?
- PASCUALA: Con la cuestión
podéis ir al sacristán,
porque él o el cura os darán
bastante satisfacción.
Laurencia no quiere bien,
yo tengo poca experiencia.
¿Cómo daremos sentencia?
- FRONDOSO: ¿Qué mayor que ese desdén?
- FLORES: Dios guarde a la buena gente.
- PASCUALA: Este es del Comendador
criado.
- LAURENCIA: Y de acosos autor
¿De adónde viene, tan decente?
- FLORES: ¿No me veis a lo soldado?

- LAURENCIA: ¿Viene don Fernando acá?
- FLORES: La guerra se acaba ya,
puesto que nos ha costado
alguna sangre y amigos.
- FRONDOSO: Contadnos cómo pasó.
- FLORES: ¿Quién lo dirá como yo,
siendo mis ojos testigos?
Para emprender la batalla
(juntó nuestro gallardo comendador)
dos mil lucidos infantes
de sus vasallos valientes
y trescientos de a caballo,
con aguerridos adherentes.
El comendador
mente clara en la batalla,
le trajo a muchos muerte.
Don Fernán Gómez de Guzmán
Hizo gala de su temple,
con igual resolución,
golpeaba a todos con brazo fuerte.
En pocos días se rinden,
y mi Señor el comendador
a los que entonces trataron
su honor injuriosamente,
los mandó a decapitar,
y a los de la baja plebe,
con mordazas en la boca,
azotar públicamente.
Mas ya la música suena:
recíbidle alegremente,
que al triunfo, las voluntades,
son los mejores laureles
aunque mejores serían
unas mozas inocentes.
Sea bien venido
el Comendadore
de rendir las tierras

y matar los hombres.
 ¡Vivan los Guzmanes!
 ¡Vivan los Girones!

COMENDADOR: Villa, yo os agradezco justamente
 el amor que me habéis aquí mostrado.

ESTEBAN: Fuente Ovejuna
 y el regimiento que hoy habéis honrado,
 que recibáis os ruega y importuna
 un pequeño presente,
 para cantar vuestro valor guerrero.
 Cien pares de capones y gallinas,
 que han dejado viudos a sus gallos
 en las aldeas que miráis vecinas.
 Acá no tienen armas ni caballos
 no jaeces bordados de oro puro,
 si no es oro el amor de los vasallos.
 De quesos y otras cosas no excusadas
 no quiero daros cuenta: justo pecho
 de voluntades que tenéis ganadas;
 y a vos y a vuestra casa, buen provecho.

COMENDADOR: Estoy muy agradecido.
 Id con Dios.

ESTEBAN: Ea, cantores,
 vaya otra vez la letrilla

COMENDADOR: Esperad vosotras dos.

LAURENCIA: ¿Qué manda su señoría?

COMENDADOR: ¡Desdenes el otro día,
 pues, conmigo! ¡Bien, por Dios!

LAURENCIA: ¿Habla contigo, Pascuala?

PASCUALA: Conmigo no, ¡tirte ahuera!

COMENDADOR: Con vos hablo, hermosa fiera,
y con esotra zagala.
¿Mías no sois?

PASCUALA: Sí, señor;
mas no para casos tales.

COMENDADOR: Entrad, pasad los umbrales;
hombres hay, no hayáis temor.

LAURENCIA: Si los alcaldes entraran
(que de uno soy hija yo),
bien fuera entrar, mas si no...

COMENDADOR: Flores...

FLORES: Señor...

COMENDADOR: ¿Qué reparan
en no hacer lo que les digo?

FLORES: Entrad, pues.

LAURENCIA: No nos agarre.

FLORES: Entrad; que sois necias.

PASCUALA: Harre,
que echaréis luego el postigo.

FLORES: Entrad, que os quiere enseñar
lo que trae de la guerra.

COMENDADOR: Si entraren, Ortuño, cierra.

LAURENCIA: Flores, dejadnos pasar.

ORTUÑO: ¿También venís presentadas
con lo demás?

- PASCUALA: ¡Bien a fe!
Desvíese, no le dé...
- FLORES: Basta; que son extremadas.
- LAURENCIA: ¿No basta a vuestro señor
tanta carne presentada?
- ORTUÑO: La vuestra es la que le agrada.
- LAURENCIA: Reviente de mal dolor.
- FLORES: ¡Muy buen recado llevamos!
No se ha de poder sufrir
lo que nos ha de decir
cuando sin ellas nos vamos.
- ORTUÑO: Quien sirve se obliga a esto.
Si en algo desea medrar,
o con paciencia ha de estar,
o ha de despedirse presto.

ESCENA III

En el arroyo Laurencia y Frondoso.

- LAURENCIA: Presta atención a lo que
digo, atrevido Frondoso,
Por tus amabilidades
ya murmura el pueblo todo,
que me miras y te miro,
y todos nos traen sobre ojo.
Como se ve que eres joven,
muy gallardo y belicoso
que excediendo a los demás,
vistes con gusto y costoso,
no hay hombre, mujer o niño,
que a un romance no dé abonos
y no se afirme diciendo:
“son el uno para el otro”;

y tal imaginación
me ha llegado a dar enojo:
no me desvela ni aflige,
ni en ella el cuidado pongo.
FRONDOSO: Tal me tienen tus desdenes,
y tu desplante orgulloso
que mi tierna juventud,
pronta se torna en otoño.
Si sabes que es mi intención
y sueño el de ser tu esposo,
mal premio das a mi fe.

LAURENCIA: Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO: ¿Posible es que nada sientas?
¿Posible es tanto rigor
en ese, tu hermoso rostro?
¡Viven los cielos que rabio!

LAURENCIA: Pues aguántate, Frondoso.

FRONDOSO: Te doy yo mi corazón,
para que como palomos
estemos, juntitos los dos,
con murmullos afectuosos
luego de habernos casado.

LAURENCIA: Dilo a mi tío Juan Rojo;
que aunque no te quiero bien,
ya tengo algunos asomos.

FRONDOSO: ¡Ay de mí! El señor es este.

LAURENCIA: De cazar le ha dado antojo.
Escóndete en los arbustos.

FRONDOSO: ¡Importuno el vanidoso!

COMENDADOR: No es malo venir siguiendo
un cervatillo miedoso,

y topar tan bella joven.

LAURENCIA: Aquí descansaba un poco
de haber lavado unos paños;
y así, al arroyo retorno,
si place a su señoría.

COMENDADOR: Estos menosprecios toscos
insultan, bella Laurencia.
Las gracias que, bondadoso,
el Creador te regaló,
te dan aspecto monstruoso,
si a tu belleza no agregas
luego un semblante amoroso.
Mira que no quiere el campo,
amigo discreto y solo;
que esta vez te me escabullas.
Obediente accede al gozo
no huyas de mí, tu señor,
ya que de ti tengo antojo.
¿No se rindió Sebastiana,
mujer de Pedro Redondo,
también Agustina, Inés,
y Ana, la de Martín Pozo?
Ya muchas han saboreado
este amor de alto decoro.

LAURENCIA: Esas, señor, ya tenían,
de haber andado con otros
historia, las compartisteis,
además con muchos mozos
a quienes sus cuerpos dieron
como quien regala un bollo.
Seguid vuestra cacería,
que yo volveré al arroyo.
Dios os guarde, señor mío.

COMENDADOR: ¡Tal lenguaje es enfadoso!
Pongo la ballesta en tierra,
y os abrazo cariñoso.

¡Venid aquí, deliciosa!

LAURENCIA: Pero, ¿qué hacéis? ¿Estáis loco?

COMENDADOR: No te defiendas.

FRONDOSO: Aparte.
¡Si ahora
presto la ballesta tomo
Laurencia a salvo estará!

COMENDADOR: Acaba, ríndete.

LAURENCIA: ¡Me ahogo!
¡Ayúdame ahora!

COMENDADOR: Nadie
hay por aquí; estamos solos.

FRONDOSO: Dejad la moza, o creed,
Comendador generoso,
que seréis blanco culpable
de mi legítimo enojo.

COMENDADOR: ¡Perro, villano!...

FRONDOSO: No hay perro.
Huye, Laurencia.

LAURENCIA: Frondoso,
mira lo que haces.

FRONDOSO: Vete,
que calmo ya está el vicioso.

LAURENCIA se va.

COMENDADOR: ¡Tú, villano malnacido,
sucio traidor andrajoso,
tu destino sellas aquí!
De morir no soy miedoso.

FRONDOSO: Os lo advierto Comendador,
¡no os acerquéis más! Si toco
la nuez, que os he de traspasar.

COMENDADOR: Ya es ida. Infame, alevoso,
suelta la ballesta luego.
Suéltala, villano.

FRONDOSO: ¿Cómo?
Que me quitaréis la vida.
Y advertid que amor es sordo,
y que no escucha palabras
el día que está en su trono.

COMENDADOR: Pues ¿la espalda ha de volver
un hombre tan valeroso
a un villano? Tira, infame,
tira y guárdate; que rompo
las leyes de caballero.

FRONDOSO: Eso no. Yo me conformo
con mi estado, y pues me es
guardar la vida forzoso,
con la ballesta me voy.

COMENDADOR: ¡Peligro extraño y notorio!
Mas yo tomaré venganza
del agravio y del estorbo.

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

Canta Frondoso en la plaza de Fuenteovejuna. Luego huye porque llega el comendador

ESCENA I

COMENDADOR: Dios guarde la buena gente.
Por vida mía,
sentados.

ESTEBAN: Su señoría,
en presencia del regente,
de pie estaremos muy bien.

COMENDADOR: Digo que se han de sentar.

ESTEBAN: De los buenos es honrar,
que no es posible que den
honra los que no la tienen.

COMENDADOR: Siéntense; hablaremos algo.

ESTEBAN: ¿Vio su señoría al galgo?

COMENDADOR: Alcalde, espantados vienen
esos criados de ver
tan notable ligereza.

ESTEBAN: Es una extremada pieza.
Pardiez, que puede correr
al lado de un delincuente
o de un cobarde en cuestión.

COMENDADOR: Quisiera en esta ocasión
que cazara a una imprudente
liebre que por orgullosa
y tozuda se me va.

ESTEBAN: Así lo haré, ¿dónde está?

COMENDADOR: Vuestra hija es la enojosa.

ESTEBAN: ¡Mi hija!

COMENDADOR: Sí.

ESTEBAN: Pero, ¿es buena
para atraeros a vos?

COMENDADOR: Retadla, alcalde, por Dios.

ESTEBAN: ¿Cómo?

COMENDADOR: Me ha hecho una escena
mostrando desprecio tal,
que infamia trae a su raza.
A esa lengua de mostaza
cortar habría.

ESTEBAN: Hizo mal;
y vos, señor, no andáis bien
en hablar tan libremente.

COMENDADOR: ¡Oh, qué villano elocuente!
¡Ah, Flores!, haz que le den
la Política, en que lea
de Aristóteles.

ESTEBAN: Señor,
debajo de vuestro amor
vivir el pueblo desea.
Más si el precio es el honor
de nuestras madres e hijas,
nuestras voluntades fijas
defenderán su pudor.
Mirad que en Fuente Ovejuna
hay gente muy principal.

JUAN ROJO: ¿Vióse desvergüenza igual?

COMENDADOR: Pues ¿he dicho cosa alguna
de que os pese, regidor?

JUAN ROJO: Lo que decís es injusto;
no lo digáis, que no es justo
que nos quitéis el honor.

COMENDADOR: ¿Vosotros honor tenéis?
¡Ni para hedor alcanzaba!

JUAN ROJO: Mi lengua quedará esclava
del insulto. Más, sabréis,
que aquí hay sangre muy limpia.

COMENDADOR: ¿Y ensúciola yo juntando
la mía a la vuestra?

JUAN ROJO: Cuando
que el mal más tiñe que alimpia.

COMENDADOR: De cualquier suerte que sea,
vuestras mujeres se honran.

JUAN ROJO: Esas palabras deshonran;
las otras, no hay quien las crea.

COMENDADOR: ¿Qué cansado villanaje!
¡Ah! Bien hayan las ciudades;
que a hombres de calidades
no hay quien sus gustos ataje;
allá se precian casados
que visiten sus mujeres.

ESTEBAN: En las ciudades hay Dios,
y más presto quien castiga.

COMENDADOR: Levantaos de aquí.
FUERA DE LA PLAZA. FUERA.

ESCENA II

Entran huyendo MENGÓ, LAURENCIA y PASCUALA

PASCUALA: No te apartes de nosotras.

MENGÓ: Hanme contado
que Frondoso, aquí en el prado,
para librarte, Laurencia,
le puso una ballesta al pecho.

LAURENCIA: Yo a todos los hombres aborrecía,
Mas desde aquel día
los miro con otra cara.
¡Gran valor tuvo Frondoso!
Pienso que le ha de costar
la vida.

MENGÓ: Que de Fuenteovuna
se vaya, será forzoso.

LAURENCIA: Aunque ya le quiero bien,
eso mismo le aconsejo;
mas recibe mi consejo
con ira, rabia y desdén;
y jura el Comendador
que le ha de colgar de un pie.

PASCUALA: ¡Mal garrotillo le dé!

MENGÓ: ¿Hay hombre en naturaleza
como el comendador?

PASCUALA: No;
que parece que le dio
de una tigre la aspereza.

Entra JACINTA.

JACINTA: Dadme socorro, por Dios,
| si la amistad os obliga.

LAURENCIA: ¿Qué es esto, Jacinta amiga?

PASCUALA: Tuyas lo somos las dos.

JACINTA: Del Comendador criados,
que van a Ciudad Real,
más de infamia natural
que de noble acero armados,
me quieren llevar a él.

LAURENCIA: Pues Jacinta, Dios te libre;
que cuando contigo es libre,
conmigo será cruel.

PASCUALA: Jacinta, yo no soy hombre
que te puedo defender.

Se van.

MENGO: Yo sí lo tengo de ser,
porque tengo el ser y el nombre.
Llégate, Jacinta, a mí.

JACINTA: ¿Tienes armas?

MENGO: Las primeras
del mundo.

JACINTA: ¡Oh, si las tuvieras!

MENGO: Piedras hay, Jacinta, aquí.

FLORES: ¿Por los pies pensabas irte?

JACINTA: Mengo, ¡muerta soy!

MENGO: Señores...
¡A estos pobres labradores!...

ORTUÑO: Pues ¿tú quieres persuadirte
a defender la mujer?

MENGO: Con los ruegos la defiendo;
que soy su deudo y pretendo
guardalla, si puede ser.

FLORES: Quitadle luego la vida.

MENGO: ¡Voto al sol, si me emberrincho,
y el cáñamo me descincho,
que la llevéis bien vendida!

Entra el COMENDADOR.

COMENDADOR: ¿Qué es esto? ¡A cosas tan viles
me habéis de hacer apear!

FLORES: Gente de este vil lugar
(que ya es razón que aniquiles,
pues en nada te da gusto)
a nuestras armas se atreve.

MENGO: Señor, si piedad os mueve
de suceso tan injusto,
castigad estos soldados,
que con vuestro nombre agora
roban una labradora
a esposo y padres honrados;
y dadme licencia a mí
que se la pueda llevar.

COMENDADOR: Licencia les quiero dar...
para vengarse de ti.
Suelta la honda.

MENGO: ¡Señor!...

COMENDADOR: Flores, Ortuño, Cimbranos,
con ella le atad las manos.

MENGO: ¿Así volvéis por su honor?

ORTUÑO: ¿Qué mandas?

COMENDADOR: Que lo azotéis.
Llevalde, y en ese roble
le atad y le desnudad,
y con las riendas...

MENGO: ¡Piedad!
¡Piedad, pues sois hombre noble!

COMENDADOR: Azotalde hasta que salten
los hierros de las correas.

MENGO: ¡Cielos! ¿A hazañas tan feas
queréis que castigos falten?

COMENDADOR: Tú, villana, ¿por qué huyes?
¿Es mejor un labrador
que un hombre de mi valor?

JACINTA: ¡Harto bien me restituyes
el honor que me han quitado
en llevarme para ti!

COMENDADOR: ¿En quererte llevar?

JACINTA: Sí;
porque tengo un padre honrado,
que si en alto nacimiento
no te iguala, en las costumbres
te vence.

COMENDADOR: Las pesadumbres
y el villano atrevimiento

no tiemplan bien un airado.
Tira por ahí.

JACINTA: ¿Con quién?

COMENDADOR: Conmigo.

JACINTA: Míralo bien.

COMENDADOR: Para tu mal lo he mirado.
Ya no mía, del bagaje
del ejército has de ser.

JACINTA: No tiene el mundo poder
para hacerme, viva, ultraje.

COMENDADOR: Ea, villana, camina.

JACINTA: ¡Piedad, señor!

COMENDADOR: No hay piedad.

JACINTA: Apelo de tu crueldad
a la justicia divina.

ESCENA III

LAURENCIA: ¿Cómo así a venir te atreves,
sin temer tu daño?

FRONDOSO: Desde aquel recuesto vi
salir al Comendador,
y fiado en tu valor,
todo mi temor perdí.
Que se vaya donde no le vean
volver.

LAURENCIA: Tente en maldecir,

porque suele más vivir
al que la muerte desean.

FRONDOSO: Laurencia, deseo saber
si vive en ti mi cuidado,
y si mi lealtad ha hallado
el puerto de merecer.
Mira que toda la villa
ya para en uno nos tiene;
y de cómo a ser no viene,
la villa se maravilla.
Los desdeñosos extremos
deja, y responde no o sí.

LAURENCIA: Pues a la villa y a ti
respondo que lo seremos.

FRONDOSO: Deja que tus plantas bese
por la merced recibida,
pues el cobrar nueva vida
por ella es bien que confiese.

LAURENCIA: De cumplimientos acorta;
y para que mejor cuadre,
habla, Frondoso, a mi padre,
pues es lo que más importa,

SALEN.

ESCENA IV

ALONSO: Fue su término de modo,
que la plaza alborotó:
en efecto, procedió
muy descomedido en todo.
No hay a quien admiración
sus demasías no den;
la pobre Jacinta es quien
pierde por su sinrazón.

- JUAN ROJO: Pésame; que era Jacinta
doncella de buena pro.
- ALONSO: ¿Luego a Mengo le azotó?
- JUAN ROJO: No hay negra bayeta o tinta
como sus carnes están.
- ESTEBAN: Callad; que me siento arder,
viendo su mal proceder,
y el mal nombre que le dan.
Yo ¿para qué traigo aquí
este palo sin provecho?
- JUAN ROJO: Aquí hay gente: ¿quién es?
- FRONDOSO: Yo,
que espero vuestras licencias.
- JUAN ROJO: Para mi casa, Frondoso,
licencia no es menester;
debes a tu padre el ser,
y a mí otro ser amoroso.
Hete criado, y te quiero
como a hijo.
- FRONDOSO: Pues señor, con el seguro
del amor que habéis mostrado,
de Laurencia enamorado,
el ser su esposo procuro.
Perdona si en el pedir
mi lengua se ha adelantado;
que he sido en decirlo osado
como otro lo ha de decir.
- ESTEBAN: Tomaré el parecer de ella;
si os parece, será bien.
¡Hija! ¡Laurencia!...
- LAURENCIA: Señor...

ESTEBAN: Mirad si digo bien yo.
 ¡Ved qué presto respondió!
 Hija Laurencia, mi amor,
 a preguntarle ha venido....
 ¿Quieres tú que diga sí?

LAURENCIA: Dilo tú, señor, por mí.

ESTEBAN: ¿Yo? ¿Pues tengo yo las llaves?
 Hecho está.- Ven, buscaremos
 a mi compadre en la plaza.

CUADRADO: Vamos.

Vanse, y quedan FRONDOSO y LAURENCIA.

LAURENCIA: Di, Frondoso, ¿estás contento?

FRONDOSO: ¡Cómo si lo estoy! ¡Es poco,
 pues que no me vuelvo loco
 de gozo, del bien que siento!
 Risa vierte el corazón
 por los ojos de alegría,
 viéndote, Laurencia mía,
 en tal dulce posesión.

ESCENA V

Sale la boda, MÚSICOS, MENGÓ, FRONDOSO, LAURENCIA,
 PASCUALA, BARRILDO, ESTEBAN,
 ALONSO y JUAN ROJO.

MÚSICOS: Al val de Fuente Ovejuna
 la niña en cabello baja;
 el caballero la sigue
 de la Cruz de Calatrava.
 Entre las ramas se esconde,
 de vergonzosa y turbada;
 fingiendo que no le ha visto,

pone delante las ramas.
 «¿Para qué te escondes,
 niña gallarda?
 Que mis linceos deseos
 paredes pasan.»
 «¿Para qué te escondes,
 niña gallarda?
 que mis linceos deseos
 paredes pasan.

COMENDADOR: Estése la boda queda,
y no se alborote nadie.

FRONDOSO: ¡Muerto soy! ¡Cielo, libradme!

LAURENCIA: Huye por aquí, Frondoso.

COMENDADOR: Eso no; prendelde, atalde.

JUAN ROJO: Date, muchacho, a prisión.

FRONDOSO: Pues ¿quieres tú que me maten?

JUAN ROJO: ¿Por qué?

COMENDADOR: No soy hombre yo
 que mato sin culpa a nadie;
 que si lo fuera, le hubieran
 pasado de parte a parte
 esos soldados que traigo.
 Llevarle mando a la cárcel,
 donde la culpa que tiene
 sentencie su mismo padre.

PASCUALA: Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR: ¿Qué me obliga a que se case?
 ¿No hay otra gente en el pueblo?

PASCUALA: Si os ofendió, perdonadle,

por ser vos quien sois.

COMENDADOR: No es cosa,
Pascuala, en que yo soy parte.
Es esto contra el Maestre
Téllez Girón, que Dios guarde;
es contra toda su orden,
es su honor, y es importante
para el ejemplo el castigo;
que habrá otro día quien trate
de alzar el pendón contra él,
pues ya sabéis que una tarde
al Comendador mayor
(¡qué vasallos tan leales!)
puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN: Supuesto que el disculparle
ya puede tocar a un suegro,
no es mucho que en causas tales
se descomponga con vos
un hombre, en efecto, amante;
porque si vos pretendéis
su propia mujer quitarle,
¿qué mucho que la defienda?

COMENDADOR: Majadero sois, alcalde.

ESTEBAN: Por vuestra virtud, señor.

COMENDADOR: Nunca yo quise quitarle
su mujer, pues no lo era.

ESTEBAN: Sí quisisteis... -Y esto baste;

COMENDADOR: ¡Hola! La vara quitalde.

ESTEBAN: Tomad, señor, norabuena.

COMENDADOR: Pues con ella quiero dalle,

como a caballo brioso.

PASCUALA: ¡A un viejo de palos das!

LAURENCIA: Si le das porque es mi padre,
¿qué vengas en él de mí?

COMENDADOR: Llevadla, a Laurencia y haced que guarden
su persona diez soldados.

ESTEBAN: Justicia del cielo baje.

PASCUALA: Volvióse en luto la boda.

BARRILDO: ¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO: Yo ya tengo mis azotes,
que aun se ven los cardenales
sin que un hombre vaya a Roma.
Prueben otros a enojarle.

JUAN ROJO: Hablemos todos.

MENGO: Señores,
aquí todo el mundo calle.
Como ruedas de salmón
me puso los atabales.

ESCENA VI

Están en algún lugar escondidos ESTEBAN, ALONSO y BARRILDO.

ESTEBAN: ¿No han venido a la junta?

BARRILDO: No han venido.

ESTEBAN: Pues más apriesa nuestro daño corre.

BARRILDO: Ya está de lo más el pueblo prevenido.

- ESTEBAN: Frondoso con prisiones en la torre,
Y mi hija Laurencia en tanto aprieto,
Si la piedad de Dios no los socorre...
- MENGO: También vengo yo a hallarme en esta junta.
- ESTEBAN: ¿Hay alguno de vosotros
que no esté lastimado en honra y vida?
¿No os lamentáis los unos y los otros?
Pues si ya han perdido todo...
¿A qué aguardáis? ¿Qué desventura es ésta?
- JUAN ROJO: La mayor que en el mundo fue sufrida.
- REGIDOR: Ya, todo el árbol de paciencia roto,
corre la nave de temor perdida.
La hija quita con tan gran fiereza
a un hombre honrado, de quien es regida
la patria en que vivís, y en la cabeza
la vara quiebran tan injustamente.
¿Qué esclavo se trató con más bajeza?
- JUAN ROJO: ¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo intente?
- REGIDOR: Morir, o dar la muerte a los tiranos,
pues somos muchos, y ellos poca gente.
- BARRILDO: ¡Contra el comendador las armas en las manos!
- ESTEBAN: El rey sólo es señor después del cielo,
y no bárbaros hombres inhumanos.
Si Dios ayuda nuestro justo celo,
¿qué nos ha de costar?
- MENGO: Mirad, señores,
que vais en estas cosas con recelo.
Puesto que por los simples labradores
estoy aquí, que más injurias pasan,
más cuerdo represento sus temores.
- JUAN ROJO: Si nuestras desventuras se compasan,

para perder las vidas, ¿qué aguardamos?
 Las casas y las viñas nos abrasan:
 tiranos son; a la venganza vamos.

Sale LAURENCIA, desmelenada.

LAURENCIA: Dejadme entrar, que bien puedo
 en consejo de los hombres;
 que bien puede una mujer,
 si no a dar voto a dar voces.
 ¿Conocéisme?

ESTEBAN: ¡Santo Cielo!
 ¿No es mi hija?

JUAN ROJO: ¿No conoces
 a Laurencia?

LAURENCIA. Vengo tal,
 que mi diferencia os pone
 en contingencia quién soy.

ESTEBAN: ¡Hija mía!

LAURENCIA: No me nombres
 tu hija.

ESTEBAN: ¿Por qué, mis ojos?
 ¿Por qué?

LAURENCIA: Por muchas razones,
 y sean las principales,
 porque dejas que me roben
 tiranos sin que me vengues,
 traidores sin que me cobres.
 Llevóme delante de vuestros ojos
 a su casa el comendador don Fernán Gómez:
 la oveja al lobo dejáis,
 como cobardes pastores.
 ¡Qué dagas no vi en mi pecho!

¡Qué desatinos enormes,
qué palabras, qué amenazas,
y qué delitos atroces,
por rendir mi castidad
a sus apetitos torpes!
Mis cabellos, ¿no lo dicen?
¿No se ven aquí los golpes,
de la sangre y las señales?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
las entrañas de dolor,
de verme en tantos dolores?
Ovejas sois, bien lo dice
de Fuente Ovejuna el nombre.
Dadme unas armas a mí,
liebres cobardes nacisteis;
bárbaros sois, no españoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres
sufrís que otros hombres gocen!
Poneos ruelas en la cinta.
¿Para qué os ceñís estoques?
¡Vive Dios, que he de trazar
que solas mujeres cobren
la honra de estos tiranos,
la sangre de estos traidores,
y que os han de tirar piedras,
hilanderas, maricones,
amujerados y cobardes,
poco hombres y traidores
A Frondoso quiere ya,
sin sentencia, sin pregones,
colgar el Comendador
del almena de una torre;
de todos hará lo mismo;
y yo me huelgo, medio-hombres,
por que quede sin mujeres
esta villa honrada, y torne
aquel siglo de amazonas,
eterno espanto del orbe.

- ESTEBAN: Yo, hija, no soy de aquellos
que permiten que los nombres
con esos títulos viles.
Iré solo, si se pone
todo el mundo contra mí.
- JUAN ROJO: Y yo, por más que me asombre
la grandeza del contrario.
- REGIDOR: Muramos todos.
- BARRILDO: Descoge
un lienzo al viento en un palo,
y mueran estos inormes.
- JUAN ROJO: ¿Qué orden pensáis tener?
- MENGO: Ir a matarle sin orden.
Juntad el pueblo a una voz;
que todos están conformes
en que los tiranos mueran.
- ESTEBAN: Tomad espadas, lanzones,
ballestas, chuzos y palos.
- MENGO: ¡Los Reyes nuestros señores
vivan!
- TODOS: ¡Vivan muchos años!
- MENGO: ¡Mueran tiranos traidores!
- TODOS: ¡Traidores tiranos mueran!
- LAURENCIA: ¡Ah, mujeres de la villa!
¡Acudid, por que se cobre
vuestro honor, acudid todas!
- PASCUALA: ¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

LAURENCIA: ¿No veis cómo todos van
a matar a al comendador Fernán Gómez,
¿Serán bien que solos ellos
de esta hazaña el honor gocen,
pues no son de las mujeres
sus agravios los menores?

JACINTA: Di, pues, ¿qué es lo que pretendes?

LAURENCIA: Que puestas todas en orden,
acometamos a un hecho
que dé espanto a todo el orbe.
Jacinta, tu grande agravio,
que sea cabo; responde
de una escuadra de mujeres.

JACINTA: No son los tuyos menores.

LAURENCIA: Pascuala, alférez serás.

PASCUALA: Pues déjame que enarbole
en un asta la bandera:
verás si merezco el nombre.

LAURENCIA: No hay espacio para eso,
pues la dicha nos socorre:
bien nos basta que llevemos
nuestras tocas por pendones.

PASCUALA: Nombremos un capitán.

LAURENCIA: Eso no.

PASCUALA: ¿Por qué?

LAURENCIA: Que adonde
asiste mi gran valor,
no hay Cides ni Rodamontes.

ESCENA VII

Sale FRONDOSO, atadas las manos;
FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS
y el COMENDADOR.

COMENDADOR: De ese cordel que de las manos sobra
quiero que le colguéis, por mayor pena.

FRONDOSO: ¡Qué nombre, gran señor, tu sangre cobra!

COMENDADOR: Colgalde luego en la primera almena.

FRONDOSO: Nunca fue mi intención poner por obra
tu muerte entonces.

FLORES: Grande ruido suena.

COMENDADOR: ¿Ruido?

FLORES: Y de manera que interrompen
tu justicia, señor.

ORTUÑO: Las puertas rompen.

COMENDADOR: ¡La puerta de mi casa y siendo casa
de la encomienda!

TODOS: Rompe, derriba, hunde, quema, abrasa.

FLORES: El pueblo junto viene.

ORTUÑO: Un popular motín mal se detiene.

COMENDADOR: ¡El pueblo contra mí!

TODOS: Rompe derriba hunde quema abrasa

COMENDADOR: Desatalde.

Templa, Frondoso, ese villano alcalde.

FRONDOSO: Yo voy, señor; que amor les ha movido.

MENGO: ¡Vivan Fernando e Isabel, y mueran
los traidores!

TODOS: Cuando se alteran
los pueblos agraviados, y resuelven,
nunca sin sangre o sin venganza vuelven.

COMENDADOR: Pueblo, esperad.

TODOS: Agravios nunca esperan.

COMENDADOR: Decídmelos a mí, que iré pagando
a fe de caballero esos errores.

TODOS: ¡Fuente Ovejuna! ¡Viva el rey Fernando!
¡Mueran malos cristianos y traidores!

COMENDADOR: ¿No me queréis oír? Yo estoy hablando;
yo soy vuestro señor.

TODOS: Nuestros señores
son los Reyes Católicos.

COMENDADOR: Espera.

TODOS: ¡Fuente Ovejuna, y Fernán Gómez muera!

ACTO III

ESCENA I

Salen el REY DON FERNANDO
y la REINA DOÑA ISABEL,
y DON MANRIQUE.

MANRIQUE: Hubo poca resistencia;
y supuesto que la hubiera,
sin duda ninguna fuera
de poca o ninguna esencia.

REY: Conforme con vos estamos,
oh, capitán diligente.
Vuestro deber complaciente
satisfechos alabamos.
Porque con esto aseguras
del daño que nos recela,
y como fiel centinela,
el bien del reino procuras.

Sale FLORES, herido.

FLORES: Católico rey Fernando,

REY: Repórtate.

FLORES: Rey supremo,
de Fuente Ovejuna vengo,
donde, con pecho inclemente,
los vecinos de la villa
al comendador Don Fernán Gómez, dieron muerte.
Saqueáronle la casa,
cual si de enemigos fuese,
y gozosos entre todos
han repartido sus bienes.
Haz, señor, pues eres justo,
que la justa pena lleven
de tan riguroso caso

los bárbaros delincuentes:
mira que su sangre a voces
pide que tu rigor prueben.

REY

Estar puedes confiado
que sin castigo no queden.
El triste suceso ha sido
tal, que admirado me tiene,
y que vaya luego un juez
que lo averigüe conviene,
y castigue a los culpados
para ejemplo de las gentes.
Vaya un capitán con él,
por que seguridad lleve;
que tan grande atrevimiento
castigo ejemplar requiere;
y curad a este soldado
de las heridas que tiene.

MÚSICOS:

¡Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!

ESCENA II

ESTEBAN:

¡Vivan Castilla y León,
y las barras de Aragón,
y muera la tiranía!
Advertid, Fuente Ovejuna,
a las palabras de un viejo;
que el admitir su consejo
no ha dañado vez ninguna.
Los Reyes han de querer
averiguar este caso,
y más tan cerca del paso
y jornada que han de hacer.
Concertaos todos a una
en lo que habéis de decir.

FRONDOSO:

¿Qué es tu consejo?

ESTEBAN: Morir
diciendo “Fuente Ovejuna”,
y a nadie saquen de aquí.

FRONDOSO: Es el camino derecho.
Fuente Ovejuna lo ha hecho.

ESTEBAN: ¿Queréis responder así?

TODOS: Sí.

ESTEBAN: Ahora pues vamos a ensayar un poco
yo quiero ser
ahora el pesquisidor,
para ensayarnos mejor
en lo que habemos de hacer.
Sea Mengo el que esté puesto
en el tormento.

MENGO: ¿No hallaste
otro más flaco?

ESTEBAN: ¿Pensaste
que era de veras?

MENGO: Di presto.

ESTEBAN: ¿Quién mató al Comendador?

MENGO: Fuente Ovejuna lo hizo.

ESTEBAN: Perro, ¿si te martirizo?

MENGO: Aunque me matéis; señor.

ESTEBAN: Confiesa, ladrón.

MENGO: Confieso.

ESTEBAN: Pues ¿quién fue?

MENGO: Fuente Ovejuna.

ESTEBAN: Dalde otra vuelta.

MENGO: Es ninguna.

ESTEBAN: ¡Cagajón para el proceso!

JACINTA: ¿Qué hacéis de esta suerte aquí?

FRONDOSO: ¿Qué ha sucedido, Cuadrado?

JACINTA: Pesquisidor ha llegado.

ESTEBAN: Echá todos por ahí.

JACINTA: Con él viene un capitán.

ESTEBAN: Venga el diablo: ya sabéis lo que responder tenéis.

JACINTA: El pueblo prendiendo van, sin dejar alma ninguna.

ESTEBAN: Que no hay que tener temor. ¿Quién mató al Comendador, Mengo?

MENGO: ¿Quién? ¡Fuente Ovejuna!

ESCENA III

Sale LAURENCIA sola.

LAURENCIA: Amando, recelar daño en lo amado,
nueva pena de amor se considera,
que quien en lo que ama daño espera
aumenta en el temor nuevo cuidado.

Sale FRONDOSO.

- FRONDOSO: ¡Mi Laurencia!
- LAURENCIA: ¡Esposo amado!
¿Cómo estar aquí te atreves?
- FRONDOSO: ¿Esas resistencias debes
a mi amoroso cuidado?
- LAURENCIA: Mi bien, procura guardarte,
porque tu daño recelo.
- FRONDOSO: No quiera, Laurencia, el cielo
que tal llegue a disgustarte.
- LAURENCIA: ¿No temes ver el rigor
que por los demás sucede,
y el furor con que procede
aqueste pesquisidor?
Procura guardar la vida.
Huye, tu daño no esperes.
- FRONDOSO: ¿Cómo que procure quieres
cosa tan mal recebida?
¿Es bien que los demás deje
en el peligro presente
y de tu vista me ausente?
No me mandes que me aleje;
porque no es puesto en razón
que, por evitar mi daño,
sea con mi sangre extraño
en tan terrible ocasión.
Voces parece que he oído,
y son, si yo mal no siento,
de alguno que dan tormento.
Oye con atento oído.

Dice dentro el JUEZ, y responden.

JUEZ: Decid la verdad, buen viejo.

FRONDOSO: Un viejo, Laurencia mía,
atormentan.

LAURENCIA: ¡Qué porfía!

ESTEBAN: Déjenme un poco.

JUEZ: Ya os dejo.
Decid, ¿quién mató a Fernán?

ESTEBAN: Fuente Ovejuna lo hizo.

LAURENCIA: Tu nombre, padre, eternizo.

FRONDOSO: ¡Bravo caso!

JUEZ: Ese muchacho
aprieta. Perro, yo sé
que lo sabes. Di quién fue.
¿Callas? Aprieta, borracho.

NIÑO: Fuente Ovejuna, señor.

JUEZ: ¡Por vida del Rey, villanos,
que os ahorque con mis manos!
¿Quién mató al Comendador?

FRONDOSO: ¡Que a un niño le den tormento
y niegue de aquesta suerte!

LAURENCIA: ¡Bravo pueblo!

FRONDOSO: Bravo y fuerte.

JUEZ: Esa mujer al momento
en ese potro tened.
Dale esa mancuera luego.

LAURENCIA: Ya está de cólera ciego.

JUEZ: Que os he de matar, creed,
en ese potro, villanos.
¿Quién mató al Comendador?

PASCUALA: Fuente Ovejuna, señor.

JUEZ: ¡Dale!

FRONDOSO: Pensamientos vanos.

LAURENCIA: Pascuala niega, Frondoso.

FRONDOSO: Niegan niños: ¿qué te espantas?

JUEZ: Parece que los encantas.
¡Aprieta!

PASCUALA: ¡Ay, cielo piadoso!

JUEZ: ¡Aprieta, infame! ¿Estás sordo?

PASCUALA: Fuente Ovejuna lo hizo.

JUEZ: Traedme aquel más rollizo;
ese desnudo, ese gordo.

LAURENCIA: ¡Pobre Mengo! Él es sin duda.

FRONDOSO: Temo que ha de confesar.

MENGO: ¡Ay, ay!

JUEZ: Comienza a apretar.

MENGO: ¡Ay!

JUEZ: ¿Es menester ayuda?

MENGO: ¡Ay, ay!

JUEZ: ¿Quién mató, villano,
al señor Comendador!

MENGO: ¡Ay, yo lo diré señor!

JUEZ: Afloja un poco la mano.

FRONDOSO: Él confiesa.

JUEZ: Al palo aplica
la espalda.

MENGO: Quedo, que yo
lo diré.

JUEZ: ¿Quién lo mató?

MENGO: Señor, Fuente Ovejuna.

JUEZ: ¿Hay tan gran bellaquería?
Del dolor se están burlando.
En quien estaba esperando,
niega con mayor porfía.
Dejaldos; que estoy cansado.

FRONDOSO: ¡Oh, Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
el tuyo me le ha quitado.
Justo es que honores te den.
VITOR MENGO VITOR.
Pero, decidme, mi amor,
¿quién mató al Comendador?

LAURENCIA Fuente Ovejuna, mi bien.

FRONDOSO: ¿Quién le mató?

LAURENCIA: Dasme espanto.
Pues Fuente Ovejuna fue.

FRONDOSO: Y yo ¿con qué te maté?

LAURENCIA: ¿Con qué? Con quererte tanto.

ESCENA IV

Salen el REY DON FERNANDO
y la REINA DOÑA ISABEL,
y DON MANRIQUE.

MANRIQUE: Señor, el pesquisidor
que a Fuente Ovejuna ha ido,
con el despacho ha venido
a verse ante tu valor.

Sale el JUEZ. PESQUISIDOR

JUEZ: A Fuente Ovejuna fui
de la suerte que has mandado,
y con especial cuidado
y diligencia asistí.
Haciendo averiguación
del cometido delito,
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
porque conformes a una,
con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: “Fuente Ovejuna.”

LAURENCIA: ¿Aquestos los reyes son?

FRONDOSO: Y en Castilla poderosos.

ISABEL: ¿Los agresores son éstos?

ESTEBAN: Fuente Ovejuna, señora,
que humildes llegan agora

para serviros dispuestos.
 La sobrada tiranía
 y el insufrible rigor
 del muerto Comendador,
 que mil insultos hacía,
 fue el autor de tanto daño.

MENGO: ¿ Es ya tiempo que hable yo?
 Si me dais licencia, entiendo
 que os admiréis, sabiendo
 del modo que me trató.
 Porque quise defender
 una moza de su gente,
 que con término insolente
 fuerza la querían hacer,
 aquel perverso Nerón,
 de manera me ha tratado,
 que el reverso me ha dejado
 como rueda de salmón.

ESTEBAN: Señor, tuyos ser queremos.
 Esperamos tu clemencia,
 y que veas, esperamos,
 que en este caso te damos
 por abono la inocencia.

REY: Pues no puede averiguarse
 el suceso por escrito,
 aunque fue grave el delito,
 por fuerza ha de perdonarse.

FRONDOSO: Su Majestad habla, en fin,
 como quien tanto ha acertado.
 Y aquí, discreto senado,
 Fuente Ovejuna da fin.

CANCIÓN FINAL

***** FIN *****